

UC Berkeley

Lucero

Title

Marea baja

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/0gj2m6xw>

Journal

Lucero, 17(1)

ISSN

1098-2892

Author

Gaia, Sonia Marcus

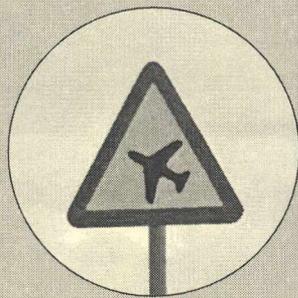
Publication Date

2006

Copyright Information

Copyright 2006 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed



MAREA BAJA

POR SONIA MARCUS GAIA

a Orlando, el mejor guía turístico del Tocumén,
Ciudad de Panamá.

“yo viviré dentro del mar.
no veré máquinas que vuelan,
veré tan sólo tu maldad.”

—Los Rabanes - Acetona

Si alcanzáramos a observar personas viviendo en el aire, ¿cuál espacio entre las nubes llamarían *su* casa? - le cuestionó una niña con densos espejuelos. No le asentaba responder en lo absoluto cosa alguna aquella mañana del 19 de diciembre. Sonrió por cortesía y desapareció disimulando trabajo en el corredor. Mientras recalentaba el almuerzo de los viajeros vía San Juan - Panamá se distrajo pensando en las bacterias que se acumulaban en la comida de los aviones. La vista la traicionó. Un leve vahído de encerramiento y náuseas chocó con ella. De esta forma salió con disimulo al pasillo vacío e iluminado de sol para recuperarse. Perdida la mente en la pregunta de la niña, ya había caminado dos veces de ida y dos de vuelta por la alfombrada línea ante la curiosidad de sus compañeras de trabajo. E iba de regreso. De pronto fijó la nada de su conciencia en la línea de los pocos pasajeros. En el recorrido de las filas vacías y rostros soñolientos, dio con uno apretujado de llanto, quien se recostaba sobre el pecho del hombre que la acompañaba. Supuso una jornada más larga de lo supuesto y no indagó más en la masa corpórea de cada trayecto, de cada turno de tres años en la misma ruta. Muchos lloraban, otros se asfixiaban, a otros se les cortaba la vista, la mayoría se hacían los dormidos para no pensar ni en la altura, ni en ataques terroristas, ni en sus propios destinos añorados, abandonados o perdidos. Todo el tiempo acaecía esa clase de reacciones. Infería con lógica que volaban

a 35,000 pies de altura y a esa verticalidad la aventura se convertiría en algo casi tan impresionable como una visita a Dios. Sólo que la mujer de las lágrimas, por alguna razón, aunque no se acercó a ella ni importó dentro de su contabilidad de pasajeros absortos en sus propios demonios, esa chica, la mofletuda del chaleco de cuero de vaca, no se le salió de la cabeza. Y lo mejor que tuvo en su propio sentido de solidaridad fue desearle paz en su viaje. Ya la vieja Tzununia en *Panamá City* se lo había advertido, "...mejor desear el bien que librar una batalla con el diablo". Pero para lidiar con diablitos insubordinados se hallaba ella predispuesta en aquella fecha; suficiente cómo su propio destino la había marcado. Borró su mente en instantes. Otro recuerdo más de Panamá y terminaría siendo ella la que se mandaría a llorar.

Sin eventualidades llegaron tres horas más tarde al Tocumén. Casi todos los pasajeros ya habían salido del avión, de manera que se sintió más liberada en doblar un poco la espalda y relajar los músculos del cuello. Sólo quedaba la mujer de las lágrimas, que con una parsimonia parecida a un destinatario del patíbulo, recogía su propio equipaje. Su marido permitió que Tamara pasara, y por regla de urbanidad preguntó si todo andaba bien, mientras de soslayo la mujer escondía por dignidad la cara enrojecida.

- Todo está bien. Sólo se siente melancólica por alejarse de la casa.

No atinaba hace cuánto no escuchaba sobre esa sensación, aunque descartarla del vocabulario era tan significativo como respirar. Inhaló fuerte, sonrió por cortesía y continuó, esta vez con la espalda muy derecha, hasta perderselos de su vista.

- ¿Qué tienes disponible, Manu?

- ¿Sales a *Ciudad Panamá*? ¡Qué sorpresa chica! No te lo puedo creer, mi reina, tú que nunca pisas suelo panameño. Aunque hace siglos que no te sientas en la salita de espera en esta parte *prohibida* del aeropuerto. Hoy parece ser un día de suerte. A que nos devuelven el Canal por segunda vez.

- No quiero relajos, Manu, que qué tienes disponible para hoy te pregunto.

- ¿Segura que no te pondrás nerviosa de pisar *suelo real* panameño? Mira que no me puedo devolver así

como los locos. Gasto de gasolina, bella.

- No estoy para bromas o me devuelvo a la parte oficial.

- Okey, okey. Es la costumbre de verte no decidirte. Mira, lo que tengo es puro recorrido VIP, mi cielo, Panamá la Vieja, Panamá la nueva, el Canal... incluido *El Chorrillo*, la feria de artesanías y el *Mall*. - le decía en broma. Bien sabido era que nunca se decidiría. Un récord de tres años no resultaba fácil de noquear.

- Ah, no, *El Chorrillo*, no.

- Tamarita, los turistas deben verla toda, ¿me entiendes, mamita? Si no retratan la casa de Durán, ni ven la vieja *churchill*, ni *El Chorrillo*, no ven *Ciudad Panamá*.

- Manu... *El Chorrillo* no es *Ciudad Panamá*.

- Lady, eso mejor díselo a los muertos.

Caminó a lo largo tratando de olvidar la imagen de las lágrimas recién secas de la "condenada gorda". El sentimiento, cuando nace negro, resurge instantáneo con las ganas de mandarlo todo a la mierda. Y con esos genios se enfrentó a la gerente. No podía creer que la gringa que las supervisaba hubiera decidido dejarla en Panamá a causa del tránsito irregular en aquellos días de diciembre. Nueve horas después podría salir hacia Santiago de Chile, vuelo excluido de sus preferencias. No lo podía creer. Su trabajo impecable, su educación y profesionalismo desamparados por la ineficiencia de una inepta *colorá*. Veía en el recuerdo la faz disgustada de Tzununia, levantadas sus tupidas cejas, diciéndole: - Mi reina, espántales a las gringas, tienen el sobaco peludo y la lengua enredada. - Y aquello le hizo reír tanto que, faltando a la etiqueta civilizada que hubiera podido convencer a su supervisora de irse en el más próximo vuelo, aquélla respondió desarmándola.

- ¿Alguna gracia, *Taimaira*? - La azafata no pudo respirar. En una explosión histórica de risa soltó una carcajada nerviosa y le bramó:

- Qué se pronuncia T-a-m-a-r-a, *pendeja*. - Mismo acto que le sorprendió tapándose la boca para que no salieran las otras atrocidades que iban en camino a la salida bucal, en fila, detrás del insulto. Un silencio cortante se arremolinó a su alrededor. Nada más nefasto le podría haber ocurrido, acaso un segundo incidente como el de la sandía. Acto seguido, Tzununia

comenzaba su labia nacionalista de las mañanas “nuestra primera invasión, mi nena y quién lo iba a saber, ¡por un pedazo de fruta desabrida! Si por lo menos hubiera sido por un plátano”. Y la risa aguantó el tránsito de obscenidades lista a dispararse, aguantadas como las tenía desde un siglo en la garganta. En fin, “Panamá, como Puerto Rico, siempre iban a estar destinadas a convertirse en azúcar amarga para las invasiones”. La gringa cerró su agenda despiadada, y roja de rabia pronunció en perfectísimo español:

- Te quedas en Panamá. - casi como si articulara en su autóctono inglés: Go to hell, bitch!

Manu se atragantó de risa. No podía casi conducir la Van mientras los turistas acechaban curiosos la insólita amistad de aquellos dos, una azafata de porte altanero y un guía turístico sacado de los barrios populares de David. La chica le contaba algo tensa, pero pura candela, su desbordante enojo. Él le respondía con su cara de huevo hervido sonrojado hasta el cansancio, rojo de humor. Y cuando el aire entrecortado comenzaba a fluir normal, replicó entrecortado:

- Ustedes las puertorriqueñas son de armas tomadas. Puras guayavitas, dulces y sabrosas, pero ¡qué explosivas! - y lo que pretendía ser un chiste terminó desafiando la conversación. - casi como los Stealth F-117. ¡Terrorífico, mamita!

- No me acuerdes eso, ¿quieres? - Y Manu se disculpó por el olvido. Mejor no reconocer los dolores ajenos en los propios. En ese momento una brasileña pedía, luego de ver la clásica iguana asada clandestina en una vitrina, que detuvieran la Van para vomitar. Frente a la marea baja, fangosa, de la *Cincuentenario*, mientras Manu ayudaba a la mujer a desahogar sus fétidas vísceras, Tamara bajó el cristal y entre una brisa infernal y aguanosa, con el aire acondicionado en *full*, le dijo como en desafío, para su sorpresa:

- Sin disculpas, ¿eh? Tú eres el panameño. Díselo tú a los muertos. A lo mejor a ti te escuchan mejor.

Tamara viajó con cierto temor. En medio de las turbulencias, tanto políticas como aeronáuticas, rezo varias padres nuestros. Su madre había permitido que viajara aquel diciembre con su padre con la sola condición que se quedara en la casa de Tzununia, una distante familiar suya. Una rama familiar de los Herrera se habían ido a la construcción del Canal hacía más de tres cuartos de siglo, pero como todos los isleños, reservaron consigo muchas de las costumbres y lazos con la isla. Tzununia era aquel último eslabón que se aferraba a una tierra imaginada en su encerrona de mar, mientras su polémica carrera de investigadora histórica le había traído más sinsabores que valores, sobre todo en los acontecimientos del '68 cuando la iza de la bandera panameña en plena dictadura. Sólo su excéntrica personalidad y su edad le habían retenido varias semanas en la cárcel, lo que produjo en ella marcas que el alma no pudo borrar siquiera con su vejez.

La visita de aquellos apartados parientes le trajo nuevos bríos en su tranquilidad interrumpida. Tamara no decidía qué estudiar, se había vuelto algo rebelde y aquella pariente podría encaminar a la joven a alguna profesión académica de valor, pensaba el padre. Como todo buen intelectual burgués que se aprecie de tal, la madre, por su parte, albergaba reticencias en dejarla viajar a una república centroamericana. Las noticias que llegaban de Panamá en aquel diciembre no parecían favorables. Pero como aquel que espera la tormenta, nadie pudo pronosticar que terminaría como al final todo acabó.

El letrerito que cargaba en la mano apenas hacía perceptible los nombres. Sara le había mandado fotos meses atrás, con la noticia de la llegada de ambos y algunas notas sobre la familia, árboles genealógicos e información turística de la isla. Añadió unos dulces típicos y dólares para la estadía de su familia en *Panamá City*. Tzununia se lo agradeció, pero devolvió los dólares. Le remitió varios poemas en *nahuatl*, la lengua de su fenecida madre, y un librito de recetas panameñas. No hubo más comunicación entre ellas. Mucho trabajo, explicaron. La próxima comunicación que establecerían comenzaba con aquel letrado: Tamara Sánchez Herrera & *Father*. No añadía nada adicional. Ya se cumpliría con los abrazos, como en la eventualidad pasó.

- ¿*Peptobismol*? - La brasileña observó la patética botella con el líquido rosado. E hizo amago de volver a vomitar. Manu volvió a detener la Van en la costanera, sacó a la pobre mujer y allí se quedó ésta tratando de ordenar alfabéticamente su estómago. En un chapuceado portugués le explicó que el líquido rosado podría hacerle bien. Que confiara en la azafata, quien, aunque de carácter, era una chica de buenos sentimientos, un tanto orgullosa, pero de mucho sufrim...

- Manú, una de las rutas más tortuosas que he vivido es tener que viajar de Panamá a São Paulo. Una repugnancia.- le sometió en perfecto portugués, bajando también el cristalito que empezaba a cansarse de su hastío. La brasileña levantó la vista y disparó un acecho silencioso y mortal. Tamara no tuvo más opción que subir el cristal y echarse hacia atrás. Cuando Manú, y demás turistas, brasileña incluida, se acomodaron incómodamente en la Van, por lo bajo una vocecita frágil y adolorida le refutó desde el asiento trasero:

- ¿*Qué problema tener azafata*? - Manú, incómodo, interrumpió:

- Nuestra próxima parada es en el *Mall*. Más de uno querrá estirar las piernas. -dando por terminada la discusión.

Al abrir las puertas todos se dispersaron algo molestos, pero el hambre arrojaba banderas de paz. La brasileña fue ayudada por otro hombre del conjunto y desaparecieron dentro del edificio moderno y ecualizador de malestares. Tamara tardó algo más que los demás. No tenía ganas de comer; no fuera a terminar como la carioca, sin estómago y muerte del asco. O peor aún, como la mofetuda del chaleco de cuero de vaca, llorando por lo que dejó atrás. Manú entonces le espetó:

- Nena, yo también perdí... ¿sabes? Aquí todos sufrimos. No comprendo por qué te has decidido pisar esta ciudad después de tantos intentos fallidos, - complicado yo que me tocó la odisea - pero no te lo haces muy fácil que digamos, ni a ti, ni a mí, ni a los demás, que nada tienen que ver... Debo admitir que eres todo un mito en el Tocumén. La boricua que aterriza en suelo panameño todos los días pero que no puede caminar sobre la *tierra prometida*. Cuando

se enteren que el hechizo está roto, me van a partir la cabeza como calabaza. Hasta sabrá Dios quién te habrá prendido una velita por ahí. Hay que ver cómo suena escalofriante tu fobia.

- Supongo, panita, que sirve para cuento de horror.- dijo compungida de vergüenza.

- No, en realidad ni tanto. Yo la editaría más bien para libro de historia panameña. - Y sólo entonces, muerta de miedo, se echó a llorar.

El viaje a *Panamá City* en un *diablo rojo*, por petición de Don Casimiro, levantó una sabrosa brisa de hermandad entre ambos. Tzununia veía cómo el paisaje húmedo entusiasmaba a Tamara. La tierra misma aparentaba llamarla desde un átomo imaginario que la tocó en algún recodo ancestral suyo. Excepto los lazos con aquella mujer negra que lucía orgullosa su condición de *zamba*, no existía nada más. Ella componía, para los visitantes, la combinación caótica que podían albergar estas tierras. Incluso ellos mismos desconocían, festivos, sus propios árboles genealógicos; para qué cocinar esperanzas de nobleza como Sara. Harto sabían que esta parte del planeta se destroza de vida cada temporada de lluvias, así que no había mayor familia que la que ofrece la tierra, aunque agradecieron a Sara sus pretensiones de alcurnia; los había juntado, y de ello conversaron en un tranquilo viaje hacia la parte más pintoresca de la vieja ciudad.

- Tzununia, todo está hermoso, aunque el calor, admito, es brutal.- Don Casimiro le palmeó la espalda más fuerte que de costumbre como advertencia de educación hacia la anciana.

- No se preocupe, me agrada su sinceridad, espero que con los años la vida le siga dando la misma frescura de la adolescencia. El problema reside cuando se llega a la vejez, sin más lazos que los recuerdos que embutirán su piel. Tamara, mi experiencia ha sido que la vida *acá* florece con dureza, *acá* donde la realidad intentará matar tus sueños, *acá* tuve que esforzarme por entender; lo mejor es prepararse para combinar realidad y ficción, y aprender a convivir con éstas. Y eso, mi reina, queda como la parte más difícil.

- Yo nunca permitiré que nadie mate mis sueños.- reprochó la joven.

- No te preocupes, en estos tiempos la muerte posee cara de palo, ni cuenta te darás cuando esté en la esquina vigilándote. A todos, en todas las formas posibles.

Don Casimiro serió su rostro apacible y mandó a la niña a buscarle unos pañuelos desechables en el maletero que había dejado oculto en la parte trasera del camión, por comodidad, aunque con riesgo. Consistía en la excusa y el momento justo para preguntarle a Tzununia cómo andaba la cosa política por *aquí*.

Cuando regresaron los turistas tropezaron con una azafata triste que los conmovió pero que activó de inmediato sus reservas. Quizá algunos comprendieron más de un rollo amoroso, familiar o económico en su cabeza. Quizá otros entendieron que las caribeñas se convierten en animales fogosos y sentimentales, y por ello manifiestan sus propias inseguridades y limitaciones a través del carácter. Quizá pocos interiorizaron una revelación *orisha* sobre cómo comportarse en medio del tumulto ciudadano producto de su inefable destino. Quizá alguno que otro optó por no manifestar alguna relación más allá de la amistad desigual de dos chocantes copilotos, y sólo uno en el fondo de la Van supuso la primacía del falo masculino que puso en su lugar a la hembra enojada con *dos o tres buenos carajos*. Sólo la voz de Manu se escucharía en el resto del trayecto de la Van.

Papá, mira cómo baila el mambo sabroso, yo me voy a vacilar, oye como suena bien pegajoso, lo traigo de Panamá, siempre con sus ideas, la música que lo llamaba como una ciguapa, el perfume revolucionario que sirve de ungüento para domingo. Mi Padre, que en sus clases pretendía quemar los corazones de la juventud que bailaba a Willie cuando ya se había separado de Blades - como antes de Lavoe. Y yo pienso que él no presentaba ser sino un hombre sencillo; la gente no entendería qué quedaba en él si no viera lo primitivo que residía en su persona. Sencilla composición su idea de la patria, hay que ser libres, sencilla maniobra su manera de protestar, hay que hablar, sencilla la maquinaria de su revolución, hay que educar, sencilla su inmolación, hay que morir por

la patria. *Sencilla la vida para mi padre. Entonces el paladar salobre del calor panameño se lo llevó. Y sencilla fue su manera de desaparecer. Frente a la sencillez de mi Padre, yo descargo mis fusiles a todo lo que se llevó consigo. Tzununia tenía razón. La muerte posee cara de palo; si no, cómo se sentiría esta ciudad mirando de frente esta horrenda marea baja.*

- Éste es el famoso barrio *El Chorrillo*. Ya saben, gracias a este *tour* usted puede ver esta parte de la ciudad, pero no lo hagan ustedes solos. Y piensen que el que advierte no es traidor.- Manu miraba la reacción adversa de Tamara, pero su cara impávida estaba absorta en el horizonte. El cielo explotaba de azul. Creyó no recordarlo así. Aquella mañana, al salir de la iglesia, la nube gris se dispersaba por todos lados, de manera que fijarse ahora que pasan nubes sobre la gente se convirtió en la noticia del día. Incluso se atrevió, para sorpresa de su amigo, señalar las nubes. Manu continuó emocionado su relato.

- El coronel Manuel- Antonio- No-rie-ga-, antiguo colaborador de la CIA, fue indicado como traficante de drogas. Empezaron a presionarlo para que renunciara. Las sanciones económicas a Panamá comenzaron a su vez. Como en el '89 Noriega anuló las elecciones presidenciales, las protestas de la oposición fueron brutalmente reprimidas. Había un clima favorable para la intervención en EE.UU. Las razones que dio el señor George- H.- W.- Bush, señores, el papá del actual presidente George Bush- junior - dijo ante el *abucheo general turístico a bordo de la Van, incluida Tamara* - para justificar la invasión fueron: proteger la vida de los ciudadanos norteamericanos que residían en Panamá, - *dos o tres pelagatos* - defender la democracia y los derechos humanos, - *huevoón* - detener a Noriega y defender el tratado Torrijos-Carter sobre el canal - *sure* -. Pero *mis amigos*, contra tales razones, mucha gente considera que el objetivo real del ataque fue destruir las fuerzas panameñas que tendrían que ocuparse del canal en el 2000. Una vez eliminado el ejército, los norteamericanos se quedarían en la zona - *segundo abucheo general* - y se buscaría un gobierno que anulara los tratados del canal - *alguien al fondo escupió "hijueputas"* -. Según fuentes oficiales, *mi gente*, en los enfrentamientos murieron 23 soldados gringos. Sin

embargo, las bajas panameñas, entre militares y civiles, fueron de varios miles de muertos. Algunos estiman en más de 3.000 los muertos como consecuencia de los bombardeos de *El Chorrillo*. Aproximadamente 20 mil perdieron sus hogares y nunca fueron compensados...

QUERIDA Carmen: *Papá se encuentra muy concentrado visitando con Tzununia centros educativos populares. Está tan interesado que hasta habla de quedarse más tiempo en Panamá. Por mí que estas vacaciones duren por siempre. Jamás he sentido esta libertad. Me gusta la alegría de los panameños, tan simpáticos. Medio frescos, pero no pasaos. Me entristecen los niños en las calles pidiendo limosna. Lo que no parece tampoco bueno es que yo pienso que algo aquí va a pasar, que sé yo, algo de política. Es cierta tensión en el ambiente, mi amiga, que no me gusta nada. Yo le he hablado a Tzununia de ello. Si la conocieras. Parece hecha de puro barro, fuerte y inteligente. Que sé yo, ella como que sabe cosas, con una respuesta a cada pregunta como para quedarse boquiabierta. Está brutal. Cuando crezca yo quiero ser como ella. Quiero parecerme a Tzununia. El nombre se lo puso su madre que era india, que significa me dijo, en nahuatl, que yo sé no tienes ni idea, "casa de agua" y yo creo, eso sé, que la veo como una enorme casa, sólida, aunque de agua. Qué contradictorio, ¿verdad? No sé qué es una "casa de agua", pero si averiguo te digo. Besitos. Tamara.*

- Bueno, mi gente, aquí se encuentra ¡la joya de la ingeniería mundial!, ¡la octava maravilla hecha por el hombre!, ¡el monumento más grandioso de esta América nuestra!, *te estoy buscando América y temo no encontrarte.* Mis panas, el único, el majestuoso *Canal de Panamá*... Les doy dos horas para que compren sus tickets, cinco dolarcitos, ¿okey? Hay un museíto bien chévere y aquí los espero en el parking. ¿Les parece? - Cuando ya el conglomerado de turistas había corrido hacia la larga cola que se presentaba hasta diez escalones escaleras arriba, Tamara salió con calma de la Van y recostó su espalda en la carrocería. Manu minutos antes había hecho semejante movimiento natural. Ambos observaban la avalancha de gente en el Canal aquel diciembre.

- Nunca he visto cómo alguien puede convertir una chatarra de la ingeniería mundial en un acto de circo. Te felicito Manu, te juro que pensé que Houdini iba a presentarse con todo y cadenas.

- No digas eso en presencia panameña, mamita, porque no respondo.- Tamara rió con la boca abierta, con malicia y suspiró.

- Si se enteran de que bombardearán *Pa-na-má Ci-ty*, hoy de preciso, en plena época navideña, ¿qué tú crees que harían?...

- ¿Cómo te sientes, negra? - le respondió conciliador el panameño en contraste.

- Tranquila, ...resignada digamos. - Y realizó una extraña mueca parecida a una sonrisa. - Mejor me voy a ver el putito canal. A ver qué *marvelous maravilla majestuosa* se presenta.

- No se te ocurra perderte, ¿quieres? Tengo que regresar...

- A lo mejor veo algún barco de *Japón*. Soñaré con que haya en él alguien tan jodido como yo.

- ¿Seguro que te sientes bien?

- Voy a saldar una cuenta con los muertos. Estaré bien, no te preocupes. - Cuando ya se había alejado, Manu le gritó cuando ya no lo podía escuchar.

- *Ciudad Panamá*, chica. *Ahora se llama*... *Panamá-namá*.

- ¿Ves allá a lo lejos las luces? Ese debe ser un barco que seguro viene de *Japón*. Está esperando, como los panameños, para pasar por el canal. Aunque no podamos ver la zona del canal, quizá algún día recorreremos esa ruta como esos barcos, por que esa zona es nuestra, *nuestra tierra*.

- *Ajá* - y curioseando el cielo estrellado mientras caminaba un rato por la Balboa, se le ocurrió señalar aquellas estrellas brillantes que bombardeaban la medianoche. - Mira, qué raro, Tzununia ¿aviones o estrellas fugaces? - Y allí, frente al eufemístico *Pacífico*, se escucharon las primeras explosiones.

Nos imaginamos algo nefasto, aunque nada tuviera que ver la imaginación. Tzununia entonces me agarró torpemente por la muñeca y no tuve opción. ¿Qué hago

acariciando mi muñeca mientras el barco japonés se enfila por el canal? El dolor conserva una frescura innata, como si sus músculos hubieran aprendido a recordarlo todo mediante la voz de la piel. Ahora, ahora necesitamos ver. *La ciudad burbujeaba de luces bengalas mortíferas. Lo sabíamos; aunque no supiéramos dónde se ubicaban los objetivos del bombardeo, eso significaba correr o morir.* Aquí llegan corriendo los turistas ávidos de aventura, fotografiando el tránsito de quinientos años. *Debíamos contactar con mi padre, que se encontraba en El Chorrillo.* Un hombre responde a su celular, le explica a su interlocutor que se acerca un barco, que suba a la terraza. ¡Espectacular! Apaga el celular, ha comenzado a llover a cántaros. Acostúmbrense, esto es Panamá, agua y sabrosura. *Aquello se le ocurrió a Tzununia en forma inmediata porque corría a través de la ciudad como si se tratara de una crucifixión.* Las gotas se clavan frescas en mi cráneo. *Por alguna razón borré la carrera por la Balboa; debe ser que todo fue tan repentino y precipitado, como las imágenes apostólicas del trayecto.* Por alguna razón no recordaba lo refrescante de la lluvia panameña. Dice el guía que por ello construyeron el canal allí. Como canturreaba Tzununia “la llovizna es el sexto jugador aquí”. Nos saludan desde el barco. Instintivamente los saludamos. Una especie de despedida de manos. *Así que lo próximo que tuve en mi mente fue encontrarme frente a la Iglesia San José. El sacerdote evitó los saludos. Tzununia luchaba para que me recibiera, no sin mucho esfuerzo, para ir en búsqueda de papá. Al final, la insistencia de vieja astuta funcionó, aparte de la mención de varios favores bastante especiales hechos a la iglesia.* Mientras cae la tormentita, la terraza se convierte en una inmensa iglesia turística. Todos rezando por la mejor foto, aquella que no traiga reminiscencias de la tragedia, sino del paso de la vida, cotidiana, natural, de Panamá. *Por fin entré al recinto, maravillada por la oscuridad de su salón central y los tragaluces que transportaban los vestigios luminosos de lo que pasaba afuera.* El inmenso barco japonés transcurre balanceado por pequeños carros hacia la salida al Pacífico. La imagen del Caballito de Troya debe ser lo que revienta en mi cabeza, y miro hacia atrás para presenciar el justo momento en que los norteamericanos entrarán por la retaguardia, como los cobardes. *Pero ella quedó atrás sin darme cuenta.* Allí están mis compañeros de la Van. Les sonrío cortésmente: la respuesta no llegará, la ayuda

internacional tampoco. *Grité por primera vez en la noche. Sólo recuerdo su mano perdiéndose entre la puerta y el sacerdote. ¿Habré golpeado al cura? Ya se aleja el barco, así que me despido por la inmensa puerta de metal que separa las terrazas con el laberíntico museo. Desistí y me senté en el banco final. Mirando de frente el acústico portal pintado en polvo de oro, ese mismo que los panameños habrían pintado del barro descubierto por la marea baja, cuando la visita de aquel pirata. ¿Cuál sería? Las chicharras disecadas, los saltamontes, las grandes mariposas, la historia del canal, el canal imaginario, el canal místico, el canal sufrido, el canal escaleras abajo donde Manu bromea entre guías parranderos, negros, zambos, panzudos, sin percatarse del paso del tiempo, que todo lo destroza y lo regenera a su paso. Le indico que quiero sentarme en la Van y él me hace señas de permiso. Veo sus amagos de acercarse, pero lo detengo serena. Sólo quiero algo de brisa congelada, artificial, para calmar el sofocante pasado que cargo sobre los hombros. Me senté allí y no sé por cuánto tiempo y espacio, la órbita de mis sueños y realidades pasaron por delante de mí como un espejo roto. Lloraba tanto que la miopía de la tristeza, ahora me lamento, no me dejó ver el momento exacto en que la muerte tuvo que haber pasado cerca, rozándome, sin que la notara. Era que sólo un sentido se encontraba vivo y alerta, así sólo escuché explosiones, gritos, llantos, zumbidos, hasta que todo se calló y el silencio se me tatuó en la piel, durmiéndome la rabia.*

- ¿Lo viste?

- Sí, lo vi todo. Claramente.

- Una curiosidad. ¿Por qué entrar entonces a la ciudad, ahora?

- Por lo mismo.

- A que hoy te decides. - le tentó usual el guía con cara de huevo hervido. En el fondo sentía cierta lástima por aquella chica soberbia. -Mira que mi *tour* es el mejor de Panamá: puro recorrido VIP, Panamá la Vieja, Panamá la Nueva, el Canal... con extra en *El Chorrillo*, la feria de artesanías y el *Mall*.

- No, gracias ... Hoy estoy esperando acá a mi padre. - El guía se sorprendió.

- ¿Vive en Panamá?

- Qué va. Se le ha antojado, luego de tantos años

de viajes y separaciones de familia, venir a visitar a los muertos. Suerte la suya si los encuentra por alguna parte... - contestó secamente la azafata.

- ¿Y por qué no entraste con él? - insistió el guía.

- ¿Sabes? Me encontraba en Panamá aquel 19 de diciembre. - respondió tajante.

- Ah... eso explica tantas... bueno, chica, como me decía mi abuela en David, hay que aprender a convivir con los muertos. Dicen por ahí que la muerte tiene cara de palo... pero hay que saber combinarlo todo, la realidad, los infortunios que ésta trae y los muertos que nos legan para sobrevivirla, y eso, mi reina, es la parte más *grossa*. - Tamara escuchó explosivas aquellas palabras con una ligera pero conocida melancolía y, aunque no aceptara el *tour* ofrecido, le tomó algunos minutos a través de las semanas y los años para contarle su historia.

- ¿Cómo se supone que te llamas, panameño?

- Manuel Cáceres Cepeda, señorita, pa' servirle a usted y a toda la comunidad internacional, desde la monumental ciudad de David, ...pero acá los panas me llaman Manu - se presentó señalándose el pecho - pero reinita, tú - a mí -, me puedes llamar en confianza como te dé la gana.

- Bueno Manu, regalo digno de tan *gran* personalidad, y las historias que obvio debes conocer y debes difundir de mí como buen juglar que eres, te voy entonces a matar la curiosidad insistente que tienes sobre tu nariz. Digamos que en medio de las turbulencias, tanto políticas como aeronáuticas llegué a... - Y le habló de aquel viaje a Panamá en el '89, de la alegría que experimentó en la ciudad, de las enseñanzas de la vieja Tzununia, del bombardeo, de la invasión, del escape posterior a la isla, del quiebre familiar por razones que no venían al caso y el gran dolor que le causó aquel 20 de diciembre la muerte y desaparición de Tzununia, allá, posiblemente por *El Chorrillo*, sin poder despedirse como hace la gente común de sus seres más queridos.

Santiago de Chile se encuentra a unas tres horas del descenso en plena madrugada. Para colmo el avión está repleto a tope. Así que mientras paso el carrito de comidas recalentadas sin pensar en sus bacterias me doy cuenta de la presencia de la gorda melancólica. Toca con cariño

en su mano un souvenir de un diablito rojo con certeza comprado a tres dólares en la feria de los cunas. Al pasar a su lado, el esposo justo se levanta para ir al baño. Le ofrezco café, ella lo rechaza. Pide una gaseosa que no puedo ni quiero darle. Me mira con orgullo, la mirada cristalizada y concluye con un "no quiero nada" entre dientes. No quiero reconocer una rabia conocida. No le pregunto nada más. Mi propio sentido de solidaridad le desea paz en su viaje. Una de las últimas frases que le escuché a Tzununia fue que "las buenas intenciones rebotaban recíprocas, mejor desear el bien que librar una batalla con el diablo", y lo aplico cada vez que me acuerdo, igual que todo lo que me enseñó. Aún con cierto puchero en los labios, tratará de dormir. El diablito rojo permanecerá agarrado en su puño toda la noche, como quien se aferra al pasado por amor y fuerza. Nunca conseguirá dormir del todo. Yo tampoco. Y eso será lo que nunca perdonaré a Tzununia. Las buenas intenciones no resultan suficientes. Se necesita además saber cómo batallar con el diablo.

Sonia Marcus Gaia nació en Puerto Rico en 1970. Actualmente está completando su tesis de Magíster en Literatura de la Universidad de Chile, país donde radicó por tres años. Pertenece al Colectivo Literario El Sótano 00931. El cuento que presenta es parte del libro inédito *Elementos Elementales*. Sus intereses van desde el rock en español latinoamericano hasta Oliverio Girondo. Diversidad, burundanga, hibridez, son sus temas.